

LAS NACIONES Y EUROPA EN “EL MAR DE DUDAS”
(Análisis de algunas ideas políticas de José Ortega y Gasset)

Lazar Koprinarov
(Universidad Sur-Oeste *Neofit Rilski* – Blagoevgrad, Bulgaria,
lkoprinarov@abv.bg)

„La civilización europea duda a fondo de si misma”(Ortega, IX: 251)¹.

Jose Ortega y Gasset

Resumen: Comentando el centenario de Goethe, Ortega sostiene que hay un único modo de resucitar a un clásico, sumergiéndolo en nuestra situación. La presente ponencia se erige, en primer lugar, como una prueba de juzgar hasta qué punto se acertó o equivoco Ortega en su concepción dinámica del estado-nación constituido en el proceso de la Modernidad y agotado en el siglo XX. En segundo lugar se examina la visión del ilustre pensador español sobre las condiciones y las formas de superar el estado-nación por una Europa de naturaleza supra-nacional. El análisis se encuentra situado y urgido por problemas que definen unos de los temas políticos cruciales de los últimos años – el incertidumbre del proyecto europeo, el retorno de los nacionalismos, la ola de los procesos separatistas, la falta de solidaridad supranacional, etc.

Palabras claves: *Nación, primordialismo, constructivismo, particularismo, modernización, multiple modernities, Europa, postnacionalismo, demos europeo*

Dr. Lazar Koprinarov es director del Departamento de filosofía y ciencias políticas de la Universidad Sur-Oeste “Neofit Rilski” de Blagoevgrad, Bulgaria. Ha publicado varios libros sobre Ortega y Gasset, filosofía política y políticas culturales. En el periodo 2001- 2006 fue embajador de Bulgaria en Venezuela.

1. Ideas y circunstancias.

Para entender la doctrina de Ortega acerca del ocaso de las naciones y la conversión de Europa en una supra-nación, debemos analizar las circunstancias que la provocan y en las cuales se forma. Eso significa esclarecer *cuando* y *donde* se desarrolla dicha doctrina.

Probablemente se ejerce cierta violencia sobre el mundo de las ideas de un pensador, al buscar enlaces directos entre sus ideas y las circunstancias históricas que

¹ Los textos de José Ortega y Gasset se citan, mientras no se indique otra cosa, por la edición de Obras completas, seg. ed.. Madrid, Revista de Occidente, 1965, indicando tomo y número de página.

han influenciado en la formación de dichas ideas. Pero Ortega no se sentiría afectado por el establecimiento de tales dependencias. Existen pensadores, cuya vida no provoca y no comenta sus ideas, pero están presentes otros autores, cuya biografía es condición obligatoria (o al menos importante) para entender su mundo de ideas y su modo de pensar. Ortega pertenece al segundo tipo de pensadores. Desde su primer libro formula su credo filosófico de ésta manera: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella, no me salvo yo.” (Ortega: I, 319).

En las obras de Ortega están presentes demasiados temas, pero dos de ellos se repiten, casi compulsivamente, desde principio a fin de su vida – el tema de España y el tema de Europa. En 1921 publica “España invertebrada” y nueve años después “La Rebelión de las masas”. El primer libro es el diagnóstico de una crisis nacional y el segundo – de la crisis de Europa. Hasta el fin de sus días, Ortega no abandona el tema de la crisis de las naciones y de Europa. Paulino Garagorri afirma que al final de su vida Ortega tenía la intención de escribir “La Rebelión de las masas: veinticinco años después”. Dicha intención no se llevó a cabo, a pesar de que el “Prólogo para franceses” de 1937 y el “Epílogo para ingleses” de 1938 contenían el esbozo de dicha idea. Sin embargo, P. Garagorri opina que el proyecto de Ortega de reinterpretar la “Rebelión de las masas” se realizó en la recopilación póstuma de “Europa y la idea de nación”. El pilar de dicho escrito es el “De Europa meditatio quaedam” – un texto extendido de la lección que Ortega dicta, en 1949, en la Universidad Libre en la semidestruida Berlín. Con motivo de dicho texto, P. Garagorri escribe: “[...] pese a su inconclusión, el largo estudio resultante contiene un penetrante y minucioso análisis de la pasada fertilidad y actual anacronismo de la idea de nacionalidad como aglutinante de las sociedades europeas del presente. Es el gran tema en que, a juicio de Ortega, se juega el destino político del Occidente” (Garagorri 2003, 11).

La trayectoria descrita en dichas obras, que son claves para el pensamiento político de Ortega, - desde “España invertebrada” hasta “Europa y la idea de nación”, permite llegar a una conclusión. Durante los años 20 del siglo pasado, Ortega visualiza el principal peligro para las naciones en la ausencia de un proyecto seductor para su consolidación, mientras que para Europa – en “la rebelión de las masas”. A pesar de eso, durante los años siguientes, la atención de Ortega se enfoca en una nueva dirección. Su mayor inquietud se vuelve hacia el futuro de Europa. En un primer plano, su

preocupación se centra en el hecho que, en el siglo XX las naciones pasan de ser el “estímulo” para el desarrollo acelerado de Europa, en el “freno” ante el futuro europeo.

La idea sobre las naciones de Ortega se desarrolla durante las dos guerras mundiales, o sea, en el período durante el cual las naciones y los nacionalismos adquieren rastros de significados negativos. Durante los primeros años del siglo XX, el Estado y las oposiciones nacionales en la Europa Occidental son aún apenas visibles, como si no existieran. El respetado historiador británico Alan J. P. Taylor escribe en “English History 1914-1945”, que hasta agosto de 1914, el prudente y honorable ciudadano inglés, podía pasar su vida sin notar la presencia del Estado, excepto en algunos casos representado en los policías y los funcionarios del servicio postal. Ese mismo ciudadano viajaba al exterior sin pasaporte, cambiaba, sin restricción alguna, su dinero a cualquier otra divisa. Del mismo modo, cualquier extranjero podía pasar toda su vida en Inglaterra sin necesidad de pedir autorización para ello. El extranjero, de aquel entonces, no se sentía extranjero en Europa. Europa era un territorio común, un territorio sin fronteras (Taylor 1965: 23).

La Primera Guerra Mundial impone un cambio radical en la visión de Europa como un espacio relativamente unitario y pacífico. La guerra siembra y alimenta, con todas sus fuerzas, la duda, que nace primero en Nietzsche (que en su tiempo era visto como un experimento mental exótico), la duda de sí el mundo, que ha sembrado tales frutos “venenosos”, vale la pena ser mantenido y continuado. Spengler escribe en 1933 en su libro “Años decisivos” que la Primera Guerra Mundial está “perdida no por Alemania, sino por el Occidente” (Spengler 1961: 23). Esta guerra, una de las muchas en el continente europeo, resulta ser particular: es algo más que el trauma consecutivo de la civilización europea. La magnitud de la experiencia vivida en los frentes de la Primera Guerra Mundial, excede lo vivido en todas las guerras anteriores. Los intelectuales de toda Europa son conscientes de que bajo la superficie de la cultura triunfante, arde sin llamas, escondida, una agresividad insospechada. El hecho que la cultura fue “barrida” con tanta facilidad por la fuerza bruta, genera un pesimismo masivo entre gran parte de los pensadores europeos. Muchos de ellos asocian la guerra con los nacionalismos de los pueblos europeos. Esta asociación del nacionalismo con la guerra se hace más intensa durante la Segunda Guerra Mundial.

Ortega desarrolla la tesis sobre las naciones bajo éstas circunstancias. Según él, las naciones surgieron hace tres siglos, fueron productivas durante su existencia, pero en el siglo XX se han convertido en un factor de conflictos y guerras, además de lecho de Procusto para el desarrollo de las naciones europeas.

Para entender mejor la visión de Ortega sobre las naciones, es necesario darnos cuenta además del *cuando*, también del *donde* se forman dichas ideas. Es importante no sólo el hecho que dichas ideas se forman en el lapso entre las dos guerras mundiales, sino de que, en gran medida, están fundadas en las circunstancias españolas de Ortega. España es el primer imperio global. Junto a eso, o tal vez por eso, es durante siglos un Estado con una identidad nacional muy débil. En efecto, hasta el siglo XIX los grandes imperios, por lo general, no se esforzaban mucho en alcanzar su homogenización cultural interna. En tal sentido, España no era la única. Pero mientras la mayoría de los demás imperios lograron, en el siglo XIX, hasta cierto punto, introducir “el inmenso cuerpo del imperio en la delgada piel de las naciones” (según la frase de Benedict Anderson), España fracasa en su intento. Muchos historiadores españoles (José Álvarez Junco, Juan Pablo Fusi, Xose M. Nuñez Seixas, etc.) destacan distintas causas para la “frágil nacionalización” española: desarrollo económico desigual del territorio del país, que tenía como resultado una modernización cultural desequilibrada, limitado esfuerzo nacionalizador del Estado, ineficacia de la élite política, escasa potencia cultural de Madrid como capital, etc. Como resultado de los factores señalados, España se convierte, durante el siglo XIX, en un país con fuertes nacionalismos periféricos, principalmente el vasco, el catalán y el gallego, que rivalizan con la identidad española e impugnan la unidad nacional de España. Por tal razón, destacados historiadores y sociólogos, la definen como un Estado con una „construcción nacional inconclusa, incompleta”. Así, por ejemplo, en los años 70 del siglo pasado, Juan Linz dice que “para todos los españoles, España es un Estado, para una mayoría es Estado y Nación y para importantes minorías es Estado pero no Nación” (Linz 1973: 36). Justo por esa “fragil nacionalizacion”, la pregunta de sí España es una Nación unitaria o es una “Nación de naciones” es tema de fuertes debates políticos durante todo el siglo XX.

El asunto en cuestión no podía ser pasado por alto por Ortega. Algo más, su filosofía política es, en cierto grado, una filosofía del patriotismo. A finales de los años 20 y principios de los 30 del siglo pasado, él participa activamente en el proceso del

“diseño de la España autonómica”(Llano Alonso 2013). Durante los debates sobre el tema, Ortega defiende la necesidad de una descentralización y una autonomía moderada de las regiones, de todas las regiones y no únicamente de las regiones históricas como Cataluña, País Vasco etc.; pero, al mismo tiempo, se opone expresamente a cualquier forma de “nacionalismo separatista” y de la federalización de España. Ortega admite que España, como Nación, es una obra inconclusa. Por tal razón, no puede dejar de centrar su atención en la pregunta de cómo debe continuar el proceso de la “nacionalización de España”.

Y bien, tal como los ánimos intelectuales reinantes en Europa durante la época entre las dos guerras mundiales, así mismo las condiciones españolas motivan un interés fuerte en Ortega hacia el tema de las Naciones. Las circunstancias bajo las cuales se despliega el pensamiento de Ortega – tanto de su “tiempo”, como de su “lugar” – exigen de Ortega una posición clara sobre las Naciones y su futuro.

2. Las naciones como episodio.

Como es bien sabido, existen dos enfoques polares en la comprensión del tema de las Naciones. En el llamado “enfoque primordialista”, la Nación se interpreta como un hecho dado sin causa, como resultado de rasgos étnicos. En la base de dicha afirmación está la idea que el sentido de pertenencia hacia una comunidad se hereda y no se elige. La Nación se entiende como una comunidad de personas que comparten una misma raza, idioma, religión, historia y territorio, y de esa manera la comunidad legitima sus pretensiones de soberanía y Estado propio. En el segundo, el “enfoque constructivista”, la Nación es resultado de ciertos esfuerzos, es un artefacto culturalmente inventado. En dicho enfoque, cuyo origen se halla en la famosa definición de Ernest Renan de la Nación como “un plebiscito cotidiano”, la Nación se interpreta como una comunidad política imaginada”(Anderson 1993: 23). Ella se construye como resultado de la imaginación, es consecuencia de cierto “tratamiento”.

La forma de ver de Ortega se puede enmarcar en el enfoque constructivista. La doctrina del pensador español sobre las naciones se puede resumir en varias tesis:

Primera, la Nación es un balance particular entre herencia y proyecto, entre tradición e intención, donde el futuro pesa más que el pasado;

Segunda, no existe Nación si no hay personas que la cementen, la unan y se encarguen de arrastrarla hacia la creación de perspectivas;

Tercera, la convivencia de las naciones es un proceso dramático de abrirse y cerrarse en sí mismo, durante el cual se enriquecen mutuamente y junto con ello, distorsionan con frecuencia su identidad nacional;

Cuarta, las Naciones son un fenómeno temporal en la historia europea.

El pensador español rechaza el concepto tradicional de Nación, cuyas raíces proceden desde Herodes – concepto que racionaliza la Nación como un “paquete” con varias cualidades: étnicas, lingüísticas, territoriales y relaciones tradicionales entre un gran número de personas, las cuales se autointerpretan por medio de la dependencia de dichas relaciones. Ortega no acepta dicha interpretación de las Naciones que identifica a la Nación con la consanguinidad (“la raza”), comunidad espacial (“patria”), unidad lingüística (“lengua materna”) y tradiciones comunes (“el recuerdo de los antepasados”). Para el pensador español, todos éstos indicios son consecuencias y no causas. Cada una de las Naciones contemporáneas es resultado de la unión, de la fusión, de la homogenización de sociedades con diferentes raíces étnicas, con idiomas diferentes, con un pasado distinto. Con motivo de los grandes Estados nacionales europeos, tales como Francia, España, Alemania, etc., Ortega escribe:

“No ha sido la previa comunidad de sangre, porque cada uno de esos cuerpos colectivos esta regado por torrentes cruentos muy heterogéneos. No ha sido tampoco la unidad lingüística, porque los pueblos, hoy reunidos en un Estado, hablaban, o hablan todavía, idiomas distintos. La relativa homogeneidad de raza o lengua de que hoy gozan - suponiendo que ello sea un gozo - es resultado de la previa unificación política. Por tanto, ni la sangre ni el idioma hacen al Estado nacional; antes bien, es el Estado nacional quien nivela las diferencias originarias de glóbulo rojo y son articulado.” (Ortega, IV: 261).

Al tratar la unidad territorial como condición para la existencia del “cuerpo” nacional”, Ortega define las fronteras geográficas como “misticismo geográfico”. Porque ellas no son algo natural, inmóvil y fijo, si no existen otros factores que motiven y fortifiquen la unidad de la Nación. Las fronteras son, más bien, consecuencia más que causa. Como subraya Ortega:

„Las fronteras han servido para consolidar en cada momento la unificación política ya lograda. No han sido, pues, *principio* de la nación, sino al revés; al *principio* fueron

estorbo, y luego, una vez allanadas, fueron medio material para asegurar la unidad” (Ortega, IV: 262).

Del mismo modo, el pasado común no puede ser un indicio de la Nación, si no se permite la paradoja, que algo tiene pasado, sin que ese algo haya existido. Porque la Nación, „antes de poseer un pasado común, tuvo que crear esta comunidad, y antes de crearla tuvo que soñarla, que quererla, que proyectarla”(Ortega, IV: 267).

Así, según el pensador español, la Nación es resultado del sentir común de pertenencia a una gran comunidad de personas, cuyo sentimiento se *mantiene*, más *no nace* del idioma, territorio y tradiciones comunes, de la consanguinidad. Ortega percibe a la Nación no como una estructura fija, sino como una comunidad fluctuante, dependiente del compromiso hacia un futuro común. Según Ortega, la Nación proviene más de “un proyecto sugestivo de vida en común”, que de las consecuencias de la vida colectiva en el pasado, es más un resultado de una elección colectiva, que del destino histórico. Por supuesto que Ortega no desdeña el papel de la herencia y las tradiciones como referencia de la identidad nacional. En “Europa y la idea de la nación” su fórmula de Nación es “a la vez, ser tradición y ser empresa”(Ortega, IX: 285). Pero lo más destacado para el pensador español es el hecho que la Nación es algo que „nace”, porque se „hace” y rehace continuamente. Es una categoría dinámica, que se define sobre todo por la imagen y el deseo de la comunidad correspondiente de acciones comunes en nombre de un futuro común.

El futuro, como vector dominante en la definición de Nación, probablemente tiene una relación directa con las circunstancias españolas de Ortega. La insuficiente homogenización cultural del país, la gran descentralización y las fuertes tendencias separatistas en España durante el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX, probablemente han hecho que Ortega apueste más por el papel consolidado del futuro, que confiar en los recursos del pasado.

Resumiendo su concepto de Nación, Ortega escribe en “La Rebelión de las masas:

„Sangre, lengua y pasado comunes son principios estaticos, fatales, rigidos, inertes: son prisiones. Si la nación consiste en eso y en nada mas, la nación seria una cosa situada a nuestra espalda, con la cual no tendríamos nada que hacer. La nación sería algo que se es, pero no algo que se hace. Ni siquiera tendría sentido defenderla cuando alguien la ataca [...] Nos parese deseable un porvenir, en el cual nuestra nacion continue existiendo. Pore so nos movilizamos en su defensa...” (Ortega, IV: 266).

En el marco de dicho concepto, la Nación no es algo predeterminado, sino un programa eficaz, no es destino, sino intención e invención². Así, el fundamento de la Nación es la presencia de un balance particular entre herencia y proyecto, entre tradición e intención.

Pero Ortega dá forma a otra línea en su definición de la Nación. Según él, no existe Nación si no hay autoridad, o sea, personas que fijen las perspectivas de la Nación, que unan y motiven a la gente a emprender grandes proyectos, a fijar metas sociales significativas. Al analizar las posibilidades de la europealización de España, Ortega advierte, en “España invertebrada”, de dos peligros ante ella. La una la llama “particularismo”, y la otra – “acción directa”. El particularismo es la forma de “eliminación” de la Nación, la “acción directa” – de la eliminación del papel de las instituciones públicas. En el primer caso la Nación se “denacionaliza”: „Hoy ya es, más bien que un pueblo, la polvareda que queda cuando por la gran ruta histórica ha pasado galopando un gran pueblo...”(Ortega, III: 71). En el otro – la sociedad se desocializa: la fuerza de las normas adquiridas en pro de una vida en común con los “otros” es reemplazada por el derecho a la fuerza y la violencia, por el afán de “todo” – “ahora mismo”. En opinión de Ortega, el particularismo en la sociedad es causado por la ineficacia de aquellos proyectos comunes, los cuales como objetivos acordados conjuntamente obligan y motivan hacia una vida en común a los miembros de las grandes comunidades humanas. La atrofia de tal fascinante proyecto conduce al decaimiento de la Nación. Durante 1921 Ortega escribe:

“Hoy es España, más bien que una nación, una serie de compartimientos estancos. [...] Difícil será imaginar una sociedad menos elástica que la nuestra; es decir, difícil será imaginar un conglomerado humano que sea menos una sociedad.”(Ortega, III: 74-75).

² Ernest Gellner, unos de los más respetados representantes del “método constructivo” hacia las naciones, destaca a mitad de los 60 del siglo pasado: „El nacionalismo no es el despertar de las naciones a la autoconciencia: inventa naciones donde no existen” (Gellner 1964: 169). En Ortega, dicho papel es desempeñado no por el nacionalismo, sino por el proyecto integracional orientado hacia el futuro. El pensador español utiliza la idea de nacionalismo solo en sentido negativo. Según él, el nacionalismo no es forma de autoproclamación de la Nación, sino una forma de agresión contra otras naciones. El papel que Gellner adjudica al nacionalismo – papel de crear, de unir, de tener autoconciencia sobre la nación – es interpretado, según la doctrina de Ortega, por los grandes proyectos colectivos, que son factores que generan conciencia de un destino colectivo.

Ortega es de la opinión que una sociedad se convierte en un tumulto de gente, si carece de proyectos comunes. Para que una población se convierta en Nación, o sea, que sea viable, que sea una sociedad fuerte, una comunidad solidaria, autoconsciente y proactiva, necesita autoridades que den la pauta a seguir a la vida colectiva – que promuevan el estancamiento social, que problematicen la situación de la Nación, que sean factores básicos en la reflexión de la sociedad por encima de ella misma, que impongan hitos para el desarrollo nacional.

Esta tesis de Ortega obviamente es parte de su elitismo. A pesar de ello, Ortega, de ninguna manera, ignora la necesidad de una participación universal y permanente de los ciudadanos como condición para la vitalidad y el desarrollo de la Nación. El categóricamente subraya que “no hay Nación si además de nacer en ella no se preocupan por ella y la van, día a día, haciendo y perhaciendo”(Ortega, IX: 282). La Nación no es algo congelado, paralítico, dado de una vez por todas. A pesar de su elitismo, Ortega insiste que para la Nación son necesarios cuidados colectivos y constantes, que cada uno de sus miembros está obligado a velar por su bienestar. Respectivamente, que cada uno de sus miembros tiene deberes para con la Nación y tiene que tener la libertad de participar en su mantenimiento vital.

Desde el punto de vista actual, el enfoque que le dá Ortega al tema de la Nación, como algo dinámico, que “sucede”, como categoría *práctica*, como algo procesual *fluctuante*, que es en gran parte una cadena de situaciones más que una sustancia resistente y enigmática, es muy productivo. Eso nos permite entender las continuas sublevaciones nacionalistas, relacionadas con el rediseño de las fronteras en el mundo actual, con los flujos migratorios, etc.

Ortega considera la Nación desde una perspectiva más – la perspectiva de las comparaciones, la interacción y la confrontación entre las naciones. B. Anderson define la consideración del pluralismo de las naciones como rasgo constitutivo, ya que “ninguna nación se imagina con las dimensiones de la humanidad” (Anderson 1993: 25). Aún la Nación más grande, así tenga mil millones de habitantes, no puede imaginarse a sí misma como una Nación universal y omnipotente. Por más flexibles que sean las fronteras, afirma Anderson, ni un solo “cuerpo” nacional puede pretender ser el único. Por ello, precisamente, en la base de la idea de Nación se halla el principio de la diferenciación y comparación con otras naciones. Medio siglo antes de Anderson,

Ortega también señala éste principio – a primera vista tan elemental, pero con consecuencias significativas – como el vector principal en la conciencia nacional. En “De Europa meditatio quaedam” él señala:

“toda conciencia de nacionalidad supone otras nacionalidades entorno que se han ido formando a la par con la propia y con las que convive en forma de permanente comparación. [...] la Nación no puede ser nunca una sola, sino que su concepto implica una pluralidad de ellas” (Ortega IX: 75).

El pensador español interpreta muchos temas mediante ésta clave, incluyendo el tema de la “regeneración” de España tras la crisis de 1898. En la crisis de esa época están entrelazados muchos conflictos: entre el catolicismo y el laicismo; entre la idea de una España unitaria y los nacientes nacionalismos periféricos, abogando por un pluralismo lingüístico y cultural, a favor del federalismo; entre la vieja oligarquía, condenada a vida y muerte al status quo, y los nuevos movimientos sociales, inspirados por distintas utopías, etc. Como señala Pedro Cerezo Galan en su destacado panorama de la crisis de finales del siglo XIX, la misma España se convierte en un problema. – „lo que ahora se cuestiona es la misma posibilidad de España como un país europeo moderno” (Cerezo 2003: 71).

El problema español tiene solución mediante medios europeos – ésta es la línea intelectual y política seguida por Ortega. A Ortega le es ajena la idea mesiánica de Unamuno del privilegio español ante Europa, de donde provendrá la salvación de la misma Europa. En la europeización Ortega vé la forma para liberarse simultáneamente, tanto de la autodefinición nacional errada, así como de la enajenación nacional. Ello, por cuanto la amplia perspectiva europea hace más exacta la visión, tanto hacia afuera como hacia adentro, de la misma Nación.

Ortega no es de la opinión que la europeización tiene que ser a base de la implementación de instituciones y legislación extranjeras en el “cuerpo nacional”. Enfrentado a la necesidad de una modernización de España, Ortega analiza como se puede lograr, mediante profundos cambios nacionales, inspirados en un liberalismo europeo reformado – “humanizado” y “nacionalizado”. Ortega se opone a aquellos intelectuales españoles, que analizan la “regeneración” de España, mediante su encapsulamiento, apoyándose solamente en las tradiciones. Pero asimismo, se opone con la misma energía ante la perspectiva, de que el proceso de modernización se asuma de forma de cambios sociales, siguiendo una lógica, previamente desarrollada y llevada

a cabo por Francia, Alemania, Gran Bretaña, etc. Ortega no es de la opinión que la europeización tiene que ser mediante la implementación de realidades extranjeras, ya constituidas. Pasarán siglos sin que se erradique el atraso español, opina Ortega, si cada vez que surge un problema político, los españoles no dejan de otear como se resuelve en el exterior. España no necesita de patrones ajenos, sino de una evolución interna, una reforma del carácter nacional, una reforma basada y orientada hacia el nivel alcanzado por la Europa desarrollada. Ortega se opone tanto al autoencerramiento, como a la modernización imitada de España.

Con esta visión sobre la europeización de España, Ortega puede ser visto como un precursor particular de la teoría de las múltiples modernidades (multiple modernities). Nacida en los años 80 del siglo pasado y relacionada, sobre todo, con los nombres de Sh. Eisenstadt и Joan Arnason, ésta teoría desarrolla la idea de las formas plurales de las modernizaciones de las sociedades tradicionales y atrasadas. En las obras de los autores arriba mencionados, la modernización es tratada como un proceso, en el cual se entrelazan acciones de carácter imitador/simulador, y acciones provenientes de motivaciones fundadas, propias de cada país. El paradigma teórico de las *modernidades múltiples* se basa en la experiencia para el síntesis entre el universalismo racional y el particularismo nacional-cultural. En su interpretación de la modernización de España a principios del siglo XX, Ortega defiende ideas que son cercanas, pero que preceden cronológicamente a la teoría de las modernidades múltiples. En su forma de ver la europeización de España está presente el intento de síntesis del universalismo racional y el particularismo nacional, de modelos políticos extranjeros con la cultura política nacional.

Ortega ve las naciones como algo temporal en la historia europea, como un *episodio*, como una etapa de transición de dicha historia. A pesar de ser, relativamente, una nueva forma de identidad colectiva, que se ha formado apenas hace tres siglos en Europa, las Naciones están condenadas al ocaso, según él. Ortega no se toma el trabajo de dar una justificación profunda a dicha tesis, pero es categórico al afirmar que: a pesar de que las Naciones han sido productivas y han tenido un efecto positivo, las mismas ya están deteniendo el desarrollo de Europa. Ortega defiende la tesis de la necesidad de una Europa unida muchos años antes de que se desplieguen los procesos integradores de la actual Europa, orientados hacia un continente sin fronteras. Por eso es válida la

apreciación de J. L. Abellán, según quién, Ortega es “un pionero de la actual construcción de la Europa unida” (Abellán 1991: 216).

El proyecto unificador es tratado por Ortega y Gasset como proceso que supera el “Estado-Nación”. El pensador español desaclara las naciones y los valores relacionadas con ellas. El las historiza en dos direcciones: por un lado, al indicar su inicio, y por el otro, cuando insiste que las naciones son un fenómeno duradero, fundamental para la historia europea, pero aún así, son algo temporáneo y ya es un fenómeno anacrónico en la Europa contemporánea. Según Ortega, la Europa de las Naciones es solo una fase intermedia en la historia europea. Europa tiene futuro, que se asemejará a su lejano pasado, cuando ella no estaba dividida nacionalmente. La Europa futura es una Europa por encima de las Naciones.

3. Atrás hacia Europa.

En la visión de Ortega sobre la necesidad y posibilidad de que sean superadas las naciones, se esconde una paradoja singular. El futuro de Europa se define dependiendo del nivel de la restitución de su pasado. Al razonar sobre el proyecto “Europa como una supra-nación”, Ortega apela a la historia. Según él, la unidad de Europa no es un asunto del futuro, sino un “hecho muy antiguo”. Así mismo, la integración europea es un proceso con futuro, ya que “detrás” de éste está presente una historia común europea milenaria. En cierto grado, la futura Europa, o sea Europa “después de las naciones” es Europa antes de las naciones; la Europa postnacional se parecerá a la Europa pre-nacional.

Cuando Ortega habla de Europa como “un hecho muy antiguo”, él tiene en cuenta algo más y diferente al hecho que, en un periodo dado de la historia de Europa ya estaban presentes algunas formas de relaciones culturales, por encima de las nacionales, a escala de toda Europa Occidental. Como es sabido, tras finalizar las sangrientas guerras religiosas nace la primera sociedad intelectual europea, que da prioridad a lo universal ante lo nacional, lo local, lo particular. Los miembros de esa “primera generación emancipada de intelectuales europeos”, como la llama el filósofo francés Edgar Morin, se sitúan a sí mismos a escala de toda Europa. Ellos no se creen ciudadanos de una sola Nación.

La notable inclinación de Ortega y Gasset por el siglo XVIII, tal vez es comprensible por su agrado por la existencia de intelectuales en aquella época, que eran vistos, en gran medida, como europeos más que como italianos, alemanes, ingleses, etc.. Pero en la tesis de Ortega sobre Europa como “un hecho muy antiguo” se visualiza otro tipo – no empírico, sino ontológico – la unidad de los europeos. Unidad no tanto de relaciones, como de mentalidad, de valores. El famoso historiador francés Jacques Le Goff, quien tiene grandes méritos en la formulación histórica-teórica del tema sobre la identidad europea, escribe: “en sus “Cartas Pérsas”, el gran filósofo francés del siglo XVIII, Montesquieu, hace que los parisinos se pregunten: “Como puede ser una persona persa?” (Le Goff 1999). La misma pregunta se puede hacer hoy día con relación a los europeos: “Como puede ser alguien europeo?” Creo que precisamente esa es la pregunta a la que da respuesta Ortega, al afirmar que “Europa es un hecho muy antiguo”. El analiza “lo europeo” no como *una idea* de Europa o *como relaciones personales culturales* dentro del espacio continental, sino como una estructura mental formada históricamente, que define al europeo.

Para aclarar ésta visión de Ortega, debemos enfocarnos en dos de sus categorías filosóficas – *ideas y creencias*. El filósofo español comienza su estudio “Ideas y creencias” con el comentario, que se está cometiendo un grave error metodológico, cuando el estudio sobre una persona dada o época histórica se considera agotado con el intento de ser comprendidas solamente sus ideas explícitas. Tanto en el hombre, como en la época dada, existen, según él, dos formaciones mentales distintas: las *ideas* propias, aquello que se piensa con la conciencia, que se piensa, y, por otro lado, las *creencias*, para las cuales no hay que pensar, pero sin las cuales no se puede pensar. Las ideas, y por ende, el hombre, la época, son impensables, si no se entienden en el contexto de las creencias, ya que las creencias son el soporte de la construcción del mundo vital del hombre en una época dada, son el marco y la “materia” con los que se hace todo lo demás en la vida.

Ortega diferencia las ideas y las creencias no por su contenido, sino por la forma como el hombre se refiere a ellas y por sus funciones en la vida del ser humano. Las ideas pueden tener un contenido verdadero o falso, mientras que las creencias son creencias no por la veracidad de su contenido, sino porque se cree en su autenticidad.

Mediante las creencias se “tiene en cuenta” algo, con las ideas algo se piensa. Para Ortega, el núcleo de la cultura no es aquello en lo que más se piensa y se habla:

“El intelectualismo buscaba apreciar como lo más activo de nuestras vidas, aquello que no es conciente. Ahora vemos que la verdad es otra. La mayor eficacia de nuestro comportamiento [...] tiene sus raíces en las dimensiones ocultas de nuestra actividad intelectual, en aquello que tenemos en cuenta, con lo cual contamos, sin que lo pensemos” (Ortega V: 387).

Cuando Ortega afirma que Europa es un “hecho muy antiguo”, él tiene en cuenta que Europa no es solamente una idea concebida de sí misma, sino que es, ante todo, un sistema específico de creencias, que es un sistema común de „usos”. En su artículo “En cuanto al pacifismo”, escrito en 1937, Ortega y Gasset dice:

„Europa ha sido siempre un ámbito social unitario, sin fronteras absolutas ni discontinuidades, porque nunca ha faltado ese fondo o tesoro de „vigencias colectivas – convicciones comunes y tabla de valores – dotadas de esa fuerza coactiva tan extraña en que consiste „lo social”. No sería nada exagerado decir, que la sociedad europea existe antes que las naciones europeas, y que estas han nacido y se han desarrollado en el regazo material de aquella.”(Ortega, IV:).

Al calificar a Europa como un “hecho muy antiguo”, Ortega se refiere a que Europa es, además de aquello que pensamos sobre ella, algo mucho más grande, sobre lo cual, sin embargo, no pensamos, pero que “piensa” y actúa por medio de nosotros. Que Europa es no solo idea, sino condición de la conciencia del europeo, para lo cual no se piensa, pero que con su presencia continuamente va formando y está presente en cada comportamiento nuestro. Que Europa es la “razon” de la historia, que se ha creado en el territorio del continente durante los últimos doce siglos. Esta “razon” histórica de Europa es algo anterior y más global que la realidad de las naciones. Ortega vislumbra dicho carácter distintivo específico y común europeo, aún en aquello en lo que menos se parece. Todavía en las acciones militares, el campo más minado de la unidad europea, él destaca con una simpática credulidad una fuerza unificadora paradójica. Durante el siglo XVIII, dice Ortega, aún las contradicciones y las guerras se asemejan más a peleas entre parientes, a disputas familiares:

„Las guerras intereuropeas han mostrado casi siempre un curioso estilo que las hace parecerse mucho a las rencillas domesticas. Evitan la aniquilación del enemigo y son más bien certámenes, luchas de emulación, como las de los mozos dentro de una aldea, o disputas de herederos por el reparto de un legado familiar. [...] Por primera vez, en

la última guerra, unos y otros pueblos de occidente han intentado aniquilarse” (Ortega, IX: 256).

Ortega se refiere precisamente a la existencia de “esa” Europa familiar, cuando afirma que Europa es un „hecho muy antiguo”.

Ortega cree, que el europeo nunca ha contado solo con su identidad nacional dimensional. Según él, una característica permanente del europeo es la doble referencia de la identidad del hombre europeo – el sentimiento de pertenecer a su pueblo, así como a la gran comunidad continental. Solo que, históricamente, sus dos polos referenciales nunca han sido lo suficientemente balanceados. Durante el siglo XVIII predominaba lo europeo, mientras que en el siglo XIX – la identificación nacional. A pesar de sus reservas hacia todo lo relacionado con la Ilustración, Ortega “simpatiza” con el siglo XVIII, llamado por él “momento fabuloso en la vida europea”. Es el tiempo, en su opinión, donde el nivel de la historia de toda Europa alcanza su realización sin ningún obstáculo: „Un máximo de civilización acumulada y un minimum de luchas y discordias nacionales.” (Ortega, II: 600).

El credo de Ortega es que, el nuevo proyecto integracionista, que tiene que adoptar Europa, supone que los Estados nacionales deben autodefinirse, al redescubrir dentro de ellos mismos su identidad europea y con base en ello, que faciliten la formación de una nueva identidad política unificada – la europea “supranación”. Ortega se inclina a ver el futuro de Europa en imagen neo-medieval. El politólogo francés P. Hassner subraya que, durante los últimos años los procesos políticos comienzan a centrarse en dos vectores: el planetario y el étnico, global y local. Los conflictos relacionados con la “política del planeta” o la “política de los pueblos” resultan ser los más difíciles de solucionar. En ese marco, P. Hassner destaca el creciente significado de factores, que han sido característicos para la época medieval. El “Estado-Nación” moderno pierde su monopolio sobre el ejercicio legítimo de la violencia, la soberanía y la efectividad del Estado son cuestionadas en nombre de estructuras supranacionales o subnacionales, el orden mundial e interno se edifica a base de diversos temas políticos y poderes, de carácter tanto territorial como no territorial: existe una red complejamente desviada para la expresión y el mantenimiento de las manifestaciones de lealtad y rivalidad, etc.. (Hassner 1993: 49-65). Estos procesos hacen básica la pregunta si no está

volviendo la época medieval. En su visión sobre la futura Europa, Ortega no está lejos de su respuesta positiva. La fuerza básica de su visión sobre la “supranación” está dirigida hacia la eliminación del papel del Estado nacional, creciente y característico para la época moderna. Además, a fuerza de su ideología liberal, el pensador español advierte que la superación de las Naciones no debería provocar la homogenización del continente y la centralización del poder en él.

Ortega pronostica el debilitamiento del papel de la identificación nacional, que se ha convertido en los últimos dos siglos en una norma prioritaria, cultural y política. Al mismo tiempo insiste en la conservación de la riqueza de la diversidad europea. En el prefacio del libro de Johannes Haller “Las épocas de la historia alemana”, Ortega enfatiza, especialmente, en la doble tarea que tienen los historiadores – estudiar la identidad común europea y a la vez, que destaquen su pluralismo interior:

“El genio histórico tiene ahora ante sí esta formidable tarea: hacer avanzar la unidad de Europa, sin que pierdan vitalidad sus naciones interiores, su pluralidad gloriosa en que ha consistido la riqueza y el brio sin par de su historia”(Ortega IX: 326).

Así, Ortega defiende el chance de movilidad, de aumentar la elección de la creciente gama de individuos y las identidades colectivas, lo cual asegura más libertad y derechos humanos.

La idea de Ortega de una futura Europa como una “supranación” pluralista, con un creciente espacio común político y de valores plurales, con una diversidad cultural almacenada y multiplicada, sin poder centralizado, con una administración basada en los principios del liberalismo – no puede dejar de despertar en nuestros días un reconocimiento por la gran visión política del pensador español. Por supuesto, no todos sus pronósticos se cumplieron. Algunos de ellos el tiempo se encargó de refutar. Por ejemplo, en vez de quedar en el pasado, tras los triunfos de la integración europea, el nacionalismo en Europa saltó de nuevo a la arena política. Rogers Brubaker, el autor de “El nacionalismo en un nuevo marco” escribió a finales de los años 90 del siglo pasado, que el desarrollo de Europa se diferencia claramente de los pronósticos acerca del fin del Estado-nación: „Así como Europa fue líder en la invención (y propagación) de la comunidad nacional y del nacionalismo, ahora debería de ser líder en su superación....” Prosigue más adelante: “el futuro demostrado hace poco por Europa al mundo, es, de manera impresionante, similar al pasado. La primera mitad de los años 90 del siglo XX

fue testigo no del ocaso anunciado, sino del espectacular renacimiento del Estado nacional y de la idea nacional en Europa (Brubaker 1996: 14-15).

Sin embargo, esos procesos no le restan fuerza, del todo, al pronóstico de Ortega acerca de la superación del “Estado-nación” en Europa. La integración europea consiguió dos logros significativos: la dependencia mutua entre los países miembros de la UE, y la reducción paulatina y consecutiva de la soberanía de éstos Estados. En ese aspecto, el proceso de superación del Estado-nación sigue en marcha.

Por supuesto que, lo que suceda durante ésta “marcha” da motivos para dudas. Durante los años 30 y 50 del siglo pasado, Ortega presentó, como fácil de solucionar, un problema, el cual, con el paso del tiempo resultó ser mucho más complejo, contradictorio y conflictivo en comparación con lo esperado por el filósofo. La Europa unida puede ser políticamente legítima y funcionar como una democracia regional postnacional, si está presente “el pueblo europeo”, el „demos” europeo, que está dispuesto a la solidaridad en el marco de ésta megacomunidad. Es necesario, si nos valemos de la expresión de J. Habermas, un sólido y fuerte “sustrato cultural para la mutua confianza transnacional” (Habermas 2000), el cual sirva de fuente y garantía de solidaridad en el inmenso espacio de la democracia continental surgida. Las crisis periódicas en la Europa unida demuestran que, el “demos” transnacional europeo ha sido solo una realidad parcial. Las esperanzas de Ortega y Gasset, basadas en su entender que Europa es “un hecho muy antiguo”, o sea que el “demos” europeo tiene una existencia antigua y fundamental resultan un poco exageradas.

Referencias bibliográficas

1. Abellán (1991), J.L. Abellán, “La crisis contemporánea: de la Gran Guerra a la Guerra civil española (1914-1939)”, en - Historia crítica del pensamiento español, Tomo V (III), Espasa-Calpe, Madrid.
2. Anderson (1993): Benedict Anderson, Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo. México: Fondo de Cultura Económica.
3. Brubakar (1996): Rogers Brubaker, Nationalism reframed. Nationhood and the national question in the New Europe, University of Cambridge.
4. Cerezo (2003): Pedro Cerezo Galan, El Mal del siglo. El conflicto entre Ilustración y Romanticismo en la crisis finisecular del siglo XIX. Granada: Biblioteca Nueva, Editorial de la Universidad de Granada.

5. Garagorri (2003): Paulino Garagorri, Nota preliminar – en: Ortega y Gasset, Europa y la idea de nación. Madrid: Revista de Occidente en Alianza Editorial, tercera edición.
6. Gelner (1964). Ernest Gelner, Thought and Change, London: Weidenfeld and Nicolson; Chicago: University of Chicago Press.
7. Habermas (2000): La constelación posnacional. Ensayos políticos. Paidós, Barcelona.
8. Hassner (1993): Pierre Hassner, Beyond Nationalism and Internationalism: Ethnicity and World Order. - in: "Survival", vol. 35, no. 2, Summer 1993.
9. Le Goff (1999): Jacques Le Goff, Europa contada a los jóvenes. Madrid: Anagrama.
10. Linz (1973): Juan Linz, Early State-building and late Peripheral Nationalism against the State: the Case of Spain. – en: Building states and nations / edited by S. N. Eisenstadt and Stein Rokkan. 1973, vol. 2, Sage: Beverly Hills, pp.32-116.
11. Llano Alonso (2013): Fernando H. Llano Alonso, La influencia de Jose Ortega y Gasset en el diseño de la España autonómica. - en: Revista de Occidente, mayo 2013, pp. 34-50.
12. Ortega (1963) Jose Ortega y Gasset, Obras completas, sexta edición, Madrid, Revista de Occidente.
13. Spengler (1961): Oswald Spengler, Jahre der Entscheidung, dtv, München.
14. Taylor (1965): Alan J. P. Taylor, English History 1914-1945 (Volume XV of the Oxford History of England), Oxford University Press.